

Punto de inflexión para los estudios de Arte Dramático

Ignacio Amestoy

Profesor de la Real Escuela Superior de Arte Dramático de Madrid

A partir de la LOGSE, los estudios de Arte Dramático alcanzan una tan tardía como obligada normalidad en el Estado español. Puede parecer inconcebible que en las tierras de “La Celestina”, “Don Juan” o “Yerma”, en las geografías de Fernando de Rojas, Tirso de Molina y Federico García Lorca, durante cinco largos siglos las artes del teatro no tuvieran consideración universitaria, pero así fue

Bien es cierto que en esta piel de toro costó también que los cómicos fueran enterrados en sagrado, a pesar de que sobre sus hombros cabalgaran tantas veneradas figuras de los autos sacramentales... ¡Una desconsideración por parte de los empleadores eclesiásticos con sus más fieles y convincentes trabajadores!

Tras una década de experimentación, los planes emanados de la LOGSE están ofreciendo resultados. Habría que decir que resultados positivos. En la Real Escuela Superior de Arte Dramático (RESAD) de Madrid están implantadas las tres especialidades previstas: “Interpretación”, “Dirección y Dramaturgia” y “Escenografía”; teniendo que anotar que, dentro de la especialidad de la actuación, quedan por desarrollar los recorridos del “Teatro Musical” y “Teatro de Objetos”, al tiempo que se vayan robusteciendo, día a día, los de “Interpretación Textual” e “Interpretación Gestual”, aunque este último haya tenido problemas de definición y, dada su esencia, los seguirá teniendo. Unos resultados, decíamos, positivos pero, a todas luces, insuficientes; sino perversos. ¿Entonces, en qué quedamos? Vamos a ver.

El principal problema con el que tropiezan los graduados en Arte Dramático, con una titulación equivalente a licenciado (¡no pocos ex alumnos están ya haciendo doctorados!) es la falta de conexión de sus cada vez más rigurosos estudios con un “mercado” teatral, público, privado y alternativo, con una equivalente ambición profesional y artística.

Sin duda, la LOGSE, al contemplar las Enseñanzas Artísticas, y, concretamente, las referidas al Arte Dramático, previó que con el tiempo existiría una correspondencia con estos estudios en el tejido teatral del España ¡en sus 17 autonomías! un ámbito necesitado de profesionales deseosos de dar un paso adelante sobre nuestros escenarios. Se soñó con llevar a buen puerto el proyecto, truncado por la Guerra Civil, de profesionales lúcidos como Cipriano Rivas Cherif, Juan Chabás, Federico García Lorca, Max Aub o el propio Alejandro Casona... Desgraciadamente, la costosísima rehabilitación de doscientos teatros a lo largo y ancho del Estado ha sido, más que un paso adelante, la “restauración del teatro del siglo XIX”. Así, en nuestros teatros, se está obligando a hacer en el siglo XXI teatro del siglo XIX. ¡Ni siquiera del XX!, podríamos exclamar. Algunos, que advertimos en su día del peligro de los terciopelos y los bronces, tenemos que pasar hoy por estas “horcas caudinas”...

Pero, con todo, no es malo que se analice en nuestras aulas el teatro que es, al tiempo que se enseña el teatro que podría ser... En esa dialéctica estamos: el teatro especular – reflexivo– frente al teatro espectacular –complaciente–; el teatro de la diversión –orteguiana– frente al teatro del entretenimiento –y el pasatiempo–; el teatro entrañado en un colectivo que se quiere mirar en el espejo sin temores a contemplar sus fealdades o sus hermosuras,

frente al teatro que algunos hemos venido a llamar “de la franquicia” o “de parque temático”, en los que la obscenidad mercantil de fantasmas o penes hace mirar, no hacia espejos cóncavos, convexos o planos, sino, simplemente... hace mirar para otro lado. Unamuno, pidiendo la regeneración del teatro español, que intentarían llevar a cabo Valle-Inclán y García Lorca, ya lo dijo: “En los teatros, quiero *pueblo*; no quiero *público*”. ¡Ah, el público! ¡Qué obsesión!

Arthur Miller, en un cercano paso por Madrid, refiriéndose a la situación del teatro en Broadway y sus alrededores, expuso el peor síntoma del arte escénico en la globalización diciendo: “En Nueva York, en estos tiempos, hay muchos teatros, pero no hay Teatro”. Un fenómeno, que si exceptuamos la realidad londinense (que sigue siendo coherente con su más que apreciable pasado escénico), se reproduce, de forma clónica, en los escenarios de todo el mundo.

O sea, de nuestras escuelas de Arte Dramático están saliendo profesionales con un futuro más que probable en las televisiones basura (o sea, en cualquiera de las televisiones existentes, con muy pocas excepciones) o en ese teatro de “parque temático”; cuando no en los propios parques temáticos de España... o de Japón, de los que también llegan ofertas de trabajo. Es la gran paradoja: estamos formando profesionales en la excelencia, tanto estética como ética, para unos sectores empresariales que están demandando profesionales para su basura.

Otra cuestión es que los planes de estudios de Arte Dramático necesiten ponerse al día, de acuerdo con las últimas tecnologías y los territorios que se están abriendo en los últimos diez años, la década que tienen de vida tanto la LOGSE como Internet. Si en los currículos preexistentes ya se observaba un déficit en la relación del Arte Dramático con sectores como el cine y el vídeo, hoy por hoy se aprecia un temor, trufado de un cierto complejo de superioridad absurdo, hacia la red y sus posibilidades, como si el teatro no se fuera a ver alterado por este terremoto comunicativo que estamos viviendo, equivalente al de la aparición del tipo móvil de Gutenberg en el siglo XV.

Un tábano para la sociedad global

Si apasionantes han sido los grandes momentos del teatro desde hace 25 siglos, casi siempre en circunstancias cambiantes, hemos de pensar que en los próximos lustros podremos vivir unos años en los que el arte dramático sea un auténtico tábano sobre esta sociedad global cada vez más narcotizada por la competitividad salvaje, el consumo desenfrenado y la banalidad más demencial. Tenemos buenos profesionales para hacerlo, siempre que no sean devorados por los gigantescos dragones de los parques temáticos. Ante la barbarie del “vale todo”, son tiempos de resistencia. Pero no fuera de la galaxia de las nuevas tecnologías, aunque tengamos que trabajar en sus catacumbas.